

YASMÍN BETZABE LÓPEZ

Copán, Honduras

Integrante de La Vía Campesina y de la Coordinación General del Consejo para el Desarrollo de la Mujer Campesina, Codimca



Tengo raíces de pueblos indígenas Lenca y Maya, de Santa Bárbara y Copán.

Crecí en un asentamiento campesino en la década de los 80, desde niña llevo prácticamente el movimiento en las venas. Mi madre pertenecía a una organización mixta, venía de un proceso de recuperación de tierras. Ahí nací y ahí crecí. En ese momento nuestra preocupación era como continuar sobreviviendo. La represión en este país ha sido histórica. En los 80 estaban los “Escuadrones de la muerte”; después del golpe de estado se vuelven a activar. La lucha por los Derechos Humanos en Honduras ha sido bien compleja y bien difícil a lo largo de la historia. Sin embargo los movimientos no han dejado de luchar toda su vida.

Yo sentía que había situaciones que no eran justas para mí. Quería estudiar, ser diferente a lo que mi madre había pasado. Entonces me escapé de la casa y me fui a un pueblo con otras accesibilidades. Había una escuela, otras cosas que yo quería. Me fui a vivir con mi abuela paterna e hice mis estudios. Ella era fundadora de esta organización de mujeres.

Venir de un proceso mixto a un proceso de mujeres, para mí era una cosa bonita. Era justamente donde encajaba mi pensamiento y mi abuela fue quien me trajo a este proceso. Con trece años llegué a su casa y a los quince años la organización decidió que yo podría ser parte de la filiación y de la membresía en la organización. Tengo ya casi 17 años de tener afiliación en la organización.



Me involucré en el trabajo voluntario, militante, dentro de la organización, con las jóvenes. Luego fui parte de la fundación del movimiento juvenil de La Vía Campesina en Honduras. El movimiento juvenil campesino nació en un escenario de persecución terrible, precisamente en el marco del golpe de estado. La represión que vivían los y las compañeras del MUCA. Todos los días amanecían cantidad de compañeros y compañeras asesinadas. Yo sentía que tenía una tarea. Con La Vía Campesina y Codimca he tenido la oportunidad de estar en muchos procesos de formación a nivel nacional e internacional, como la Escuela “Florestán Fernández”.

Codimca

Codimca somos una organización de más de 30 años. Tuvimos un reconocimiento jurídico el 18 de Junio del 1985 , pero ya teníamos una trayectoria de organizarnos con las mujeres. Yo ni había nacido cuando esta organización comenzó a construirse. Es la primera organización de mujeres campesinas que levanta una bandera de lucha y de resistencia ante todo este modelo capitalista, patriarcal y sobre todo machista.

Trabajamos con mujeres en ocho departamentos, principalmente campesinas. Trabajamos con tres pueblos originarios: el pueblo Maya Chortí, el pueblo Garífuna y el pueblo Lenca. Tenemos una mezcla importante que podemos articular. Hemos entendido que somos mujeres diversas y nos encontramos porque tenemos objetivos y problemáticas en común. Queremos construir cosas juntas.

Luego de una asamblea se decidió que yo fuera la Coordinadora general. Para mí fue un desafío, un reto, porque era la primera vez que esta organización tenía una mujer joven al frente. Todas las compañeras que quedaban en la Junta Directiva eran mujeres adultas. Yo me dije que este desafío me iba a ayudar a crecer, como persona y como organización, porque ellas iban a poder enseñarme y transferirme sus conocimientos, todos sus aportes que ellas han hecho a la organización.

Las campesinas hondureñas

En los años 80 se aprobó una Ley de Reforma Agraria en Honduras, pero no involucró a las mujeres como beneficiarias directas, sino a los hombres campesinos. Además, tampoco esta ley implementó todo lo que tenía que ver con su financiamiento. En los 90 meten una Ley de Desarrollo y Modernización Agrícola, que privatiza totalmente la tierra, la vuelve una mercancía. Ni los campesinos varones ni las mujeres pueden volver a acceder a la tierra. Desde 1992 se mantiene esta ley. Hay un artículo que dice que las mujeres pueden ser beneficiarias de la tierra si su cónyuge lo solicita. Conociendo el nivel de machismo que existe en este país, difícilmente los compañeros varones van a solicitar que su compañera también sea beneficiaria de la tierra.

Que las mujeres puedan acceder a la tierra, que la titulación sea a nombre de la pareja, sigue siendo una lucha. El 88% de las campesinas hondureñas no posee la tierra. Ni mujeres adultas ni mujeres jóvenes podemos acceder a la tierra. El estado no tiene



políticas que garanticen que las mujeres también puedan ser dueñas de la tierra, que ese sea un derecho que las mujeres podamos demandar. Todavía es un tabú entre los diputados y las diputadas del Congreso Nacional de Honduras. La brecha de género en ese sentido es cada vez más grande.

Las mejores tierras de Honduras están en manos del negocio de los monocultivos, con la palma africana, con la caña de azúcar. Están en manos de la empresa privada y de las transnacionales, no del campesinado. Aquí es cuando comienza toda una lucha de la defensa de la tierra y el territorio. Quienes seguimos sosteniendo la alimentación de este país somos los campesinos y las campesinas, que tenemos incluso que alquilar o pagar por el préstamo de tierra para tener nuestra producción.

Las mujeres no solamente nos enfrentamos a la falta de tierra, sino que también a todo el impacto del cambio climático. Ahora tenemos una crisis alimentaria bastante difícil, porque este año ha sido seco, el ciclo de lluvias ha sido muy poco. Compañeras perdieron más de la mitad de la producción de granos básicos, hay municipios que perdieron totalmente la producción de hortalizas.

El tema de la sequía tiene un impacto bien fuerte en la vida de las mujeres. Nos enfrentamos no solamente a una crisis alimentaria, sino que también a que se aumenta el tema del trabajo productivo y reproductivo de las mujeres. Somos las cuidadoras de todo. Eso significa que si un niño o una niña se enferma por el brote del dengue, esa responsabilidad no cae en nadie más que en mujeres. Cuidamos a otras y a otros.

Como organización nos enfrentamos a los paquetes tecnológicos del gobierno, que implican la muerte. Usar pesticidas, agro-tóxicos, significa la contaminación de nuestros espacios. Defender el territorio pasa por defender mi territorio, mi cuerpo. Y si mi cuerpo no está saludable y en cuidado, entonces yo no estoy defendiendo nada. La salud para nosotras pasa desde la producción hasta la promoción y el cumplimiento de marcos legales que realmente puedan respaldar el cumplimiento de los Derechos Humanos. Hay un trabajo bien grande por hacer y por continuar haciendo, tenemos muchos desafíos y muchos retos por continuar haciendo.

Hoy por hoy la lucha de las mujeres es bien difícil. A pesar de que representamos más del 50% de la población, somos las que menos hemos gozado de las garantías y políticas estatales. Las organizaciones han tenido que hacer el trabajo que le toca al estado. Se pueden reconocer liderazgos que a nivel internacional son un icono, aquellas mujeres que han dado incluso su vida en los territorios. Son más de 8 mil mujeres asesinadas después del golpe de estado, y todos siguen en la impunidad. No solamente Berta, que es una mujer muy conocida en todos lados, una compañera que nosotras definitivamente llevamos en el corazón. Muchas de nuestras compañeras han tenido que pasar por momentos muy difíciles, llegan los militares, hacen desalojos violentos. Hemos tenido casos de compañeras que han tenido un aborto en las celdas de las cárceles, por la represión brutal que hace el ejército. Hemos tenido compañeras que han desaparecido y que días o meses después las encontramos asesinadas. Es bien difícil continuar.



La criminalización y la persecución son santas en este país. Son más de 7 mil mujeres criminalizadas en este país. La criminalización incluye a niñas y niños de las bases campesinas. Para nosotras es un dolor porque son nuestros, son nuestra gente. Nosotras cuando salimos de nuestras casa decimos vamos a una gira, vamos a cumplir una tarea más de la organización, más no esperen si vamos a regresar. Es bien complejo cuando estamos en una tarea de diligencia, de militancia.

Pero yo creo que la organización nos enseña a ser fuertes, el movimiento también nos enseña a continuar, la solidaridad la hacemos en el día a día. Caminando, en nuestras parcelas, en nuestros espacios. Donde nos encontramos ahí construimos solidaridad. Si no juntamos nuestros sentimientos y nuestras luchas, difícilmente vamos a poder continuar, pero cuando nos juntamos, juntamos fuerza y vencemos todos los miedos. Porque es válido tener miedo, pero también es válido vencerlo en el camino.

Nosotras tenemos un programa muy fuerte sobre salud alternativa. Tiene que ver no solamente con la promoción de políticas públicas que garanticen el derecho a la salud frente a la privatización, sino también con tener esos espacios de encontrarnos solo nosotras y colocar las problemáticas de autocuidado para poderlas sanar.

Tuvimos un taller con compañeras de Guatemala que se llaman las Tejedoras. Es una escuela de auto-sanación. Porque a veces las lideresas que estamos al frente nos enfrentamos a hacer de todo: entender sobre derechos, sobre medicina, sobre un montón de cosas diversas, acompañar a nuestras compañeras y compañeros en los territorios. Nos toca hacer de todo. En ese sentido, es importante encontrar un espacio donde reflexionar y descansar.

Tratamos de hacerlo cada año, como un espacio de autocuidado, en un río, en una playa. En algún lado donde las mujeres podamos desconectarnos. No es solamente la carga de cuidar a otras y otros, sino también cómo nos desconectamos y nos apapachamos nosotras mismas, y hacemos una relación con el agua, con el viento y con lo que está a nuestro alrededor. Eso nos ayuda a seguir forjando la lucha.

Eso es precisamente una ruptura. Tratar de sacar a una compañera que piensa que ella es la única responsable de cuidar a las criaturas, al compañero, a la familia. Llevarla a un espacio donde pueda desconectar y pensar en ella. No es fácil. Compañeras me han llegado a preguntar si no es algo egoísta. No compañera, no es egoísta. Es realmente sentirse con usted, conocerse usted en este momento.

Para mí la organización es la gran familia que finalmente construimos todas y todos en este proceso, en este espacio que nos enseña tanto. Es la universidad de la vida. Si no tuviéramos estos espacios de reflexión, yo creo que la conciencia no sería la misma. La libertad de respirar, de hablar, de construir y de deconstruir cosas. Nos enseña como sentir lo que la otra compañera siente.

Cuando compañeras son violentadas, cuando sufren violencia doméstica. Porque no es solamente la represión del estado, sino también lo que se sufre dentro de la familia.



Que se supone que es una cosa privada. Pero que de privado no tiene nada, porque finalmente son cosas también públicas y que la violencia no es negociable, por lo tanto se debe denuncia y por lo tanto se debe de salir de esos círculos.

Yo creo que es un logro el que las mujeres, en medio de toda esta violación de derechos, sigamos soñando. Que tengamos compañeras en nuestro territorio todavía vivas, defendiendo la vida. Que tengamos compañeras que tienen claro su posicionamiento político. Eso para nosotras es grande.

El hecho de que seamos una organización dedicada a reivindicar los derechos de las mujeres campesinas es un logro importante para las mujeres. No es fácil, como decimos en Honduras, sacar a una mujer “de debajo de la hornilla” para que tenga voz y pueda gritar sus derechos. No es lo mismo ver a una mujer que la primera vez que se presentó en un taller de formación lloró y se avergonzó en vez de decir su nombre, a ver una mujer hoy empoderada, hablando de su vida, de sus derechos, defendiendo su comunidad. Eso no se compra. Eso se disfruta.

Ver a unas mujeres que están pensando que quieren que las escuchen, que quieren tener participación ciudadana, que están construyendo su autonomía económica. Ver a muchas mujeres que producen y después se encuentran para hacer sus ferias de comercialización, sus intercambios, trueques. Eso es muy bonito. Pero eso claro que lleva toda una historia de formación, de hablar, de conversar y de construir la casa conjunta. Obviamente que hace falta muchas cosas para que realmente la casa común esté completa. Hace falta mucho más. Pero hemos trazado un camino. Estamos a mitad de ese camino y nos falta por construir la otra parte del camino que tenemos.

Yo sueño con un mundo justo, donde las mujeres puedan cantar libremente sin ningún problema, sin que nadie las señale. Que sean mujeres libres de violencias, de todas las violencias en el mundo y de todas las injusticias en el mundo. Yo sí creo que me gusta ser muy romántica también. Creo que si nos juntamos, si nos unimos todas y todos, podemos construir un mundo más justo. Un mundo más justo con nuestra madre naturaleza, con nuestra Pachamama, con nuestra Madre Tierra. Así que sueño a las mujeres soñando también, creando sus propios espacios y sus propias vidas. Así que luchar y caminar juntas, es luchar por la vida.

